

La crisis del capitalismo financiero

Jean-Marie Harribey

Suroeste, 11 de febrero de 2008

Traduction : Susana Moreno

La crisis financiera que se venía incubando desde agosto de 2007 ha estallado y se parece como una hermana a las crisis precedentes. Presenta al mismo tiempo nuevas características que no deben disimularse detrás de la cortina de humo de un “fraude” Habiendo partido del sector inmobiliario la crisis ha gangrenado poco a poco los sectores bancario y financiero.

En un contexto en que el crecimiento económico estadounidense no podía ya ser traccionado solamente por el ostentoso consumo de las clases ricas – al servicio de las cuales están las políticas neoliberales – los bancos estadounidenses otorgaron préstamos a hogares cada vez más modestos para que pudieran acceder a la compra de una vivienda o incrementar en términos generales, el consumo: se trataba de un mercado de alto riesgo, llamado “subprime”. Tanto los prestadores como los deudores apostaban a la suba de los precios de los inmuebles que parecía no tener fin. De este modo las hipotecas bancarias le garantizaban la posibilidad de recuperar su apuesta por medio de bonos y las familias descontaban un aumento de sus bienes. Apuesta absurda porque era previsible que los valores inmobiliarios cambiarían algún día y las tasas de interés variable terminarían por volver insolventes a las familias.

Mientras tanto los bancos habían “titularizado” las hipotecas, es decir las habían vendido a los mercados financieros. De modo que estos nuevos títulos financieros se habían introducido y mezclado con otros en los portafolios administrados por los fondos fiduciarios de carácter especulativo o por los mismos bancos. El problema nació en consecuencia con la alteración del mercado inmobiliario, los tenedores de esos títulos quisieron venderlos cuando ya nadie quería comprarlos. Se produjo entonces una crisis de liquidez en la que ningún actor financiero encontraba los montos que necesitaba, temiendo cada uno que los famosos títulos cada vez más putrefactos, dispersos por no se sabe dónde, ocuparan un espacio demasiado grande entre el total de sus activos.

Para enfrentar esta crisis de liquidez, los principales bancos centrales prestaron, luego del pasado verano, centenares de miles de millones de dólares y de euros a los bancos comunes: y el Banco central de los EEUU bajó varios puntos sus tasas de interés orientativas, mientras que el Banco central europeo se oponía a hacerlo. Esto no logró sin embargo, calmar la creciente angustia de los actores financieros y especialmente de los bancos, que a fines de 2007 veían llegar aterrorizados la hora de la verdad: ¿a cuanto ascenderían las pérdidas originadas por las colocaciones gangrenadas de las subprimes? Se habla de centenas de mil millones de dólares. A esta razón se debió la caída de las bolsas en el pasado enero.

Encontramos hasta aquí el clásico mecanismo de una especulación que siempre termina mal: Pero hay dos elementos por lo menos que convierten a esta crisis en una hija del capitalismo financiero contemporáneo en el que la regla de oro es “ todo para los accionistas” Con la libertad de circulación conferida a los capitales y la desregulación de los mercados financieros han proliferado nuevos productos financieros y fondos especulativos de toda

índole: sus únicos objetivos son producir plusvalías bursátiles cuyo crecimiento a largo plazo esté asegurado por una real plusvalía en el seno de un sistema productivo en que la participación salarial se ha reducido.

En un período de euforia, solo pesa una obligación en el sistema financiero mundial: captar liquideces cada vez mayores para poder participar en la permanente reestructuración del capitalismo (absorciones, fusiones, deslocalizaciones...); de allí también el interés por destruir los sistemas de jubilaciones y de seguros de salud para captar el ahorro de los asalariados.

Pero cuando se sospecha que el sistema productivo se ve amenazado de frenar su ritmo porque la economía dominante, la de los EEUU, se aproxima a la recesión, cunde el pánico y se manifiestan todos los ingredientes de una crisis global: crisis del crédito, crisis bursátil, crisis económica. Si bien la crisis bursátil no debiera conmover a ninguna persona sensata (ninguna riqueza real “ se hace humo” ya que la burbuja no representaba otra cosa que capital ficticio en el que la pérdida de un especulador es solo la potencial ganancia de otro especulador), por el contrario la crisis económica la pagaran los trabajadores en términos de desocupación y de presión suplementaria para que acrecienten la productividad. Si bien esta última no se halla aun confirmada, no deja de ser posible puesto que todas las economías del mundo se hallan interrelacionadas.

La verdad sobre el capitalismo financiero está allí, absolutamente desnuda. Un sistema que pretende asegurar a los accionistas entre un 15 y un 20% de rentabilidad anual es mortífera. Y un sistema que pretende abolir toda reglamentación pública, confiando el planeta a las leyes del mercado, es un sistema demente. La racionalidad del capitalismo comienza cuando la crisis llega: regreso a la tierra. De allí la urgencia de controlar los movimientos de capitales, los bancos centrales y todas las instituciones financieras, a enmarcar el crédito, a aplicar impuestos a las transacciones financieras y a reglamentar seriamente la titularización y los productos derivados.